

PABLO HIDALGO

# RAZA ASTRAL



Áurea Ediciones

©Raza Astral  
Sello: Soyuz  
Primera edición: Abril 2023  
©Pablo Hidalgo  
Edición general: Aldo Berríos  
Ilustración de portada: Juan “Nitrox” Márquez  
Corrección de textos: Felipe Reyes  
Diagramación: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones  
[www.aureaediciones.cl](http://www.aureaediciones.cl)  
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile  
ISBN: 978-956-6183-31-0  
Registro de Propiedad Intelectual N°: 2021-A-10985



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin  
permiso escrito del editor.  
Todos los derechos reservados.

“Solo quienes sean capaces de encarnar la utopía serán aptos  
para el combate decisivo, el de recuperar cuanto de  
humanidad hayamos perdido”.

Ernesto Sábato

# Prólogo

21 de diciembre de 2012, Palenque, Estado de Chiapas, México, 23:55 p.m., una multitud se había reunido para observar el evento más grande en la historia de la humanidad, quedaban pocos minutos para que se cumpliera la publicitada profecía Maya que algunos interpretaban como el fin de un ciclo y el comienzo de uno nuevo. Otros más pesimistas lo interpretaron como el fin del mundo tal y como lo conocemos. Cualquiera fuese la interpretación real, las personas reunidas que esperaban el magno acontecimiento lo ansiaban inmersos en un ambiente de misticismo, pero a su vez no exento de juerga: muchos habían consumido alcohol y drogas para esperar el desenlace de esta fascinante historia.

La noche estaba despejada y las estrellas se asomaban con total claridad, la imponente luna iluminaba las monumentales pirámides y construcciones que habían estado allí por siglos, y que ahora eran testigos de las inusitadas visitas con todo el revuelo que ellos traían.

—Estoy segura que bajarán los extraterrestres ahora —decía en tono bajo, pero a su vez eufórico una chica de pelo teñido de rubio ceniza con tez mate y dientes pequeños.

—Mi amor, ¡por favor, córtala con eso!, disfrutemos esto y después nos vamos al hotel a descansar, llegamos ayer de Guatemala también de ver ruinas y ya no doy más —señaló un joven de pelo castaño y ojos color miel con tono quejumbroso, a la vez que le hacía un ademán con su mano derecha que empuñaba fuertemente una botella de Tequila.

—Sergio, no sé tú, pero me siento mareado, entre los puros<sup>1</sup> y el tequila estoy a punto de desmayarme —intervino

---

<sup>1</sup> Cigarrillo de marihuana



otro joven regordete de tez oscura y ojos achinados, que a su vez tenía aprisionada con un fuerte abrazo a una morena de pronunciada cintura y pelo con tinte de color cobre.

—¡Tranquilízate, Roberto, solo quedan unos minutos y nos vamos! —señaló el joven de pelo castaño con el físico cansado y el semblante de aburrimiento.

El silencio se hizo presente, a la vez que empezaron rezos, meditaciones y alguna que otra risa burlona en los presentes, ya eran las 23:59 y nada pasaba, el oscuro y estrellado cielo se hacía monótono, solo las pequeñas titilaciones de algún astro captaban la atención de los más curiosos. De pronto el joven de pelo castaño parece asombrado y fija su vista en el bonancible cielo, cuál fue su impacto cuando de un punto luminoso que se encontraba justo abajo del Cinturón de Orión, salieron tres luces más que empezaron a revolotear alrededor del primero, afinó más la vista y pudo observar con más detalle que las luces centelleaban y cambiaban de color.

—¡Roberto, mira allí!, ¡mira esas luces! —le señala tomándolo y apartando con fuerza al chico de la doncella colorina que tenía “aprisionada”.

—¿Lo ves? —insiste.

Pero en unos instantes las luces desaparecieron, eran ya las 12:01 de la noche, había pasado el 21 y ya era 22 de diciembre, el mundo no se había acabado y no había ocurrido nada, tampoco bajó el Dios Bolón Yokte como se había profetizado, una queja de decepción se escuchó en los presentes, para luego pasar a una sensación de conformismo en el ambiente.

—Sí lo vi, Sergio, eran estrellas fugaces —señaló el moreno, incómodo por la reacción de su amigo.

—¡No!, no eran estrellas fugaces, ¿no lo viste? Mi amor, ¿lo viste tú? —continuó el joven preguntándole ahora a la chica del pelo teñido y dientes pequeños.

—No, ¿de qué hablas? —preguntó la chica intrigada.



—¡Las luces! Las luces que giraron en el cielo, ¿nadie las vio? —consultó el joven ahora más agitado y molesto porque nadie le prestaba la atención que se merecía.

—Yo no vi nada, güey, estás alucinando —intervino un joven con sombrero de ala ancha y marcado acento mexicano que iba pasando en compañía de una chica que parecía actriz de telenovela: pelo castaño, nariz respingada y estilizada figura.

—Yo creo, güerito, que te hizo mal la mezcla de la marihuana con tequila, ja, ja —acotó la hermosa chica desatando una carcajada general.

—¡No! Yo lo vi, Roberto —insistía el joven.

El grueso moreno de ojos achinados se le acerca palmo-teándole el hombro y le susurra al oído:

—¡Ya, no jodas más! Vámonos al hotel, lo único que quiero es tener sexo con mi chica —y se aleja abrazando nuevamente a la vigorosa colorina peliteñida. Todos los presentes empiezan a despejar el entorno lentamente, las voces de la multitud se elevaron como un quejumbroso murmullo y las pirámides poco a poco empiezan a volver a su tranquilidad normal.

—No, yo vi esas luces, es más, no solo las vi, sino que las sentí, estoy seguro —insistía el muchacho de los ojos color miel, reflexionando para sí mismo.

Pensativo, tomó de la mano a su compañera y se marcharon del lugar a paso moroso.



# Parte I

# El principio de todo

## 1

La tarde estaba demasiado calurosa, el sol alumbraba con todo su esplendor, las gotas de transpiración corrían como manantial de aguas cristalinas por la frente del joven artesano en madera Sergio Vidal, ¡era que no!, había recorrido gran parte del desierto de Sudamérica para llegar a las ruinas de Tiahuanaco, vestigios de una de las culturas más enigmáticas y fascinantes de la América Precolombina.

Tiahuanaco o Tiwanaku es una localidad de la actual Bolivia ubicada en su altiplano, más específicamente en el margen oriental del lago del mismo nombre y a 15 kilómetros al sureste del Lago Titicaca, correspondiente al departamento de La Paz. Actualmente es un sitio arqueológico de la civilización pre incaica, la que se estableció en esta planicie a 4.000 metros de altura y que tiene varias características especiales, una de ella es que no existe ningún árbol a su alrededor.

El continente americano es uno de los más ricos, no solo en recursos naturales, sino que culturalmente tiene un estatus privilegiado en las distintas etapas de la humanidad. Antes de su colonización por parte de los europeos, destacó por ser el centro de civilizaciones complejas, prósperas y sumamente organizadas, con estructuras políticas, sociales, religiosas y económicas bastante claras y autóctonas. Pueblos como los Olmecas, Mayas, Aztecas, Incas y otros, han traspasado la línea de la historia y se han transformado en íconos y mitos en la actualidad por su grandeza, avances y cosmovisión.

—¡Qué calor, Roberto!, creo que deben hacer unos 38 grados a la sombra —decía el joven artesano, a su vez que masticaba arduamente su hoja de coca para no “apunarse”.

—¡Sí es que no más! La última vez que sentí tanto calor



fue cuando trabajamos en la pollería de don Agustín, ¿recuerdas, Sergio? Ese viejo sí que era un negrero, nos hacía trabajar hasta las dos de la madrugada para asar a esos malditos pájaros, ¡y no nos pagaba ni un peso por horas extra!

Una sonora carcajada salió de la garganta de Sergio.

—Claro que me acuerdo, viejo estafador, lo único bueno que tenía era su hija, ¿la recuerdas?, era más ardiente que los hornos donde asábamos los pollos.

—¡Pobrecita! —recalcó Roberto—. Eso era una enfermedad, no te acuerdas que la mamá la llevó al psicólogo porque la pobre se había acostado con todos los muchachos del barrio.

—¡Ja!, ¿qué enfermedad? —festejó Sergio haciendo un ademán con su mano derecha con desdén—. ¡Era enferma de caliente! Si tú mismo, Roberto, ¡cuántas veces incurriste ahí!

—¡Ahhh, no me cargues a mí ese muerto! O se te olvida que fue a ti a quien don Agustín encontró con los pantalones abajo y su delicada hija de cuclillas, te recuerdo que eso fue lo que nos costó el trabajo, a ti por degenerado y a mí por seguirte.

Al instante, Roberto se desploma al lado de la pared en ruinas de la antigua civilización cubriéndose del sol, saca la cantimplora y hace correr el agua fresca por toda su enrojecida cara.

—¡Seguirte como siempre! —continúa—. ¡Como ahora! Solo a mí se me ocurre acompañarte a este lugar, ¡puras piedras destruidas, muerto de sed y calor, y ninguna mujer como la hija de don Agustín!

—¡Lo que es la ignorancia! —refunfuñó Sergio meneando la cabeza—. Gracias a mí has recorrido la ruta de las civilizaciones más extraordinarias que ha tenido la humanidad, el 2012 estuvimos en Palenque y Teotihuacán, ahora mismo estás sentado en una de ellas, tal y como pisaste Machu Picchu y las Líneas de Nazca.



—¡Líneas de Nazca! ¡Líneas de Nazca! —le gritó Roberto al mismo tiempo que se paraba y tiraba lejos la cantimplora vacía—. ¡Yo no vi nada!, ¡tuvimos que pagar una avioneta para ver unos dibujos mal hechos! ¡Me salió un ojo de la cara! ¡Con ese dinero pudimos haber entrado a los mejores burdeles del Cuzco!

—Estás delirando, Roberto —le dijo entre risas Sergio—. El calor te está afectando, mejor sigamos el recorrido, tal vez los dioses del lugar te devuelven la cordura.

—Ojalá los dioses me saquen cuanto antes de este lugar. Oye, ¿y esta cosa? —señaló Roberto por la hoja de coca que también masticaba con poca delicadeza, emitiendo un molesto sonido bucal cuando juntaba y separaba sus mandíbulas batientes—. ¿No será mejor fumarla?

Sergio solo se limitó a sonreír levemente y negar con la cabeza sutilmente.

Sergio Vidal y Roberto Mancuello, eran dos jóvenes de 20 años cada uno, aventureros, socios en innumerables juergas adolescentes con mujeres, tragos y todo tipo de excesos que a veces por la juventud no sabían controlar, sin embargo, dentro de ese marco, eran dos personas absolutamente diferentes. Sergio, un muchacho alto para el promedio, de textura débil físicamente, pero de gran fortaleza intelectual y de férrea voluntad, con un cierto dejo europeo en su tez pálida, pelo castaño y ojos color miel, pero dejando claro que era un mestizo típico del sur de América, en cambio Roberto era robusto, generoso en carnes y grasas saturadas, más extrovertido que Sergio y más chispeante en personalidad, bajo de estatura, ojos “achinados”, de pelo tieso y de tez oscura, cualquier persona que lo viera pensaría que era oriundo de la zona.

Era una tarde diferente, más calurosa de lo habitual, todo el paisaje se teñía de amarillo brillante, las personas que acudieron a aquel tour sabían que no era uno cualquiera, pocas veces se está presente en lo que fue una civilización antigua